

La zafra de la sangre

FRANCISCO GONZÁLEZ TEJERA :: 05/01/2015

El viejo y antiguo empleado municipal vio pasar el camión, logró avistar las caras conocidas del alcalde comunista de San Lorenzo, Juan Santana Vega

Juansito el caminero recogió la sangre de la cuneta en Casa Ayala, por allí había pasado el “camión de la carne” cargado de hombres camino del campo de concentración de La Isleta, había recibido órdenes de Eufemiano, el jefe de Falange, a las seis de la mañana en el bar de Los Giles, a pocos kilómetros de Las Palmas de Gran Canaria. El conocido terrateniente le pidió que limpiara los restos que dejaban las brutales heridas de los presos republicanos, que habían pasado una noche más de tortura en los descampados del Llano de las Brujas.

El viejo y antiguo empleado municipal vio pasar el camión, logró avistar las caras conocidas del alcalde comunista de San Lorenzo, Juan Santana Vega, el secretario municipal, Antonio Ramírez Graña, el inspector jefe de la policía municipal, Manuel Hernández Toledo y hasta el pelo enredado y negro del chiquillo Domingo Valencia de solo quince años, todos apiñados, amontonados en la vieja cafetera de cuatro ruedas, unos 45 hombres venían de una noche de terror, vejaciones y golpes. Sus ojos abiertos brillaban en aquellas caras desencajadas y ensangrentadas, nadie decía nada, un silencio atronador bajaba por aquella pista de tierra, usada solo por los camiones de los tomateros de los Betancores.

En la finca de “Las Maquinas” el conocido como el “verdugo de Tenoya” recogía las botellas de ron de caña, el coñac del hijo del conde, los huesos del asadero de carne cochino y los restos de papel de periódico impregnados de sangre. La noche había sido productiva, habían torturado a casi 50 comunistas y anarquistas, en su mayoría de San Lorenzo, varios de Arucas y un muchacho muy joven, de menos de 17 años, de Agaete. Sabía que Eufemiano se había llevado a cinco a la Sima de Jinámar acompañado por el sobrino de Bonny y Carlos de Lugo, la camioneta siempre era la misma, aquella vieja Ford destartada que usaban en sus locas juergas nocturnas, cuando se emborrachaban en La Salud y se iban a buscar a las cuatro putas del barrio de Arenales.

El auto tenía ahora otro uso, una especie de furgón mortuorio, donde llevaban a los hombres para arrojarlos al agujero volcánico.

El cacique opinaba que era mucho más discreto que los camiones repletos de hombres que gritaban y lloraban por el camino, sobre todo cuando pasaban por los barrios de Marzagán y Jinámar aquellas madrugadas frías, mientras los vecinos se asomaban acongojados, viendo el último viaje de sus compatriotas, rodeados de esbirros vestidos de azul que los golpeaban con las culatas de sus mausers.

“Era más discreto sí”, opinaba Bonny, decía con sorna, que así la gente pensaría que iban con las “señoritas de la calle” a “echarles un casquete en la piconera”. “Que dentro del furgón los gritos eran menos”, “que si alguno gritaba le podían meter un cabezazo a tiempo

o una buena mordaza que hacía milagros”, decía el sanguinario y rubio descendiente de los caciques ingleses del sur de la isla.

Recordaba el verdugo la conversación entre el joven Pedro Soria y el tabaquero, contando como el conocido luchador al que llamaban “Pollo Florido”, logró soltarse de las cuerdas de pitera a medio metro del agujero donde lo iban a tirar, como se fue como un toro por los falangistas, “vaya tío fuerte me cago en dios”, dijo el empresario, relatando como le disparaban y aún logró agarrar al requeté, ensangrentado, con capacidad para en una mañana final arrastrar al fascista al fondo de la Sima de Jinámar.

Aquella noche había sido excelente, pensaba el brutal maltratador, mientras regresaba a Tenoya, su madre lo esperaba en el Lomo de las Viudas, la vieja sabía a qué se dedicaba, como compaginaba su trabajo de encargado de la finca de tomateros con la de sicario de los franquistas. A su madre no le gustaba nada, porque desde julio del 36 casi nadie la saludaba por el pueblo, la gente la miraba mal, con miedo y odio cuando iba a misa o a comprar a la tienda de aceite y vinagre.

Lo más que le jodía era encontrarse con tantos conocidos entre los torturados, antiguos amigos de las noches de taifa y verbena, de tragos en el casino de Arucas, pero obedecía los mandatos del amo Ezequiel, se había hecho todo un experto en manejar la pinga de buey, tanto que destrozaba los cuerpos de los condenados, desangrando a más de uno antes de llegar al cuartel de San Francisco.

La noche inundaba cada paso de aquel hombre triste, le sonaban las monedas en los bolsillos, tenía ganas de llegar a la cueva de la vieja, echarse en el camastro, fumarse un Virginio y olvidar por un rato los gritos y llantos de los republicanos, las borracheras de los señores, las madrugadas interminables de muerte y terror. La mirada asustada de su madre lo esperaba detrás de la puerta, entró callado, no cenó, cerró los ojos y ningún sueño alivió su ansiedad, era domingo de resurrección de 1.937.

<http://viajandoentrelatormenta.blogspot.com.es/>

https://www.lahaine.org/est_espanol.php/la-zafra-de-la-sangre